daniel agra

MANIFIESTO

Abyssurbs

La urbe contemporánea es un organismo contradictorio que concentra y al mismo tiempo aísla. Es un territorio de encuentros posibles donde miles de cuerpos coexisten sin llegar jamás a rozarse. Sus edificios, calles e interiores dejan de ser meros escenarios para convertirse en la manifestación viva de una experiencia colectiva tejida de velocidad, anonimato y distancia.

Abyssurbs no representa la ciudad, la interroga. No busca describir cómo es, sino desentrañar qué significa habitarla. Es una catedral de hormigón y cristal, un panal de celdas superpuestas donde cada ventana enciende una vida que ignora la de al lado. Hormiguero sí, pero sin la sabiduría de las hormigas. Aquí nadie recuerda el camino de vuelta al nido común, y cada cual levanta en soledad su propio laberinto de asfalto y duda.

El proyecto se inscribe en una fotografía que renuncia a ser espejo pasivo de lo real, para convertirse en instrumento de conocimiento y crítica sensible, un lenguaje que nace de la multitud y su silencio, del bullicio que no comunica, de la proximidad física que jamás se traduce en cercanía humana. La cámara desciende al abismo no para señalarlo desde fuera, sino para habitarlo desde dentro, con la misma discreción con la que sus sujetos, anónimos, fugaces, nunca posados, atraviesan el encuadre sin saberse observados. Cada imagen deja en suspenso una pregunta: ¿somos capaces en verdad de reconocer al otro?

Abyssurbs articula dos dimensiones inseparables: la urbe y el abismo. Este último no siempre yace bajo nuestros pies. Puede abrirse entre dos personas que caminan una junto a la otra sin mirarse, entre quienes comparten el espacio, pero permanecen cerrados en universos interiores que no se comunican, una profundidad que no es geográfica, sino psicológica y existencial. La ciudad se revela entonces como un paisaje mental que atesora memoria, tránsito, deseo, rutina y conflicto, un depósito de existencia. Cada estructura arquitectónica es a un mismo tiempo refugio y frontera, cada aglomeración una promesa de encuentro y prueba de separación. Sombras, cuerpos, arquitecturas, vacíos e intersecciones cobran función narrativa. Lo documental cede terreno a una lectura subjetiva donde la imagen actúa como detonante de asociaciones, preguntas y estados de ánimo. El espacio urbano deja de ser solamente visible para volverse interpretable, y revela que el abismo urbano no lo forman edificios, calles, ni distancias, sino la erosión progresiva de nuestra capacidad de percibir al otro.

Cada trayecto urbano guarda historias innumerables que nunca llegan a decirse, cada ventana insinúa una existencia, cada sombra guarda una presencia, cada espacio vacío puede volverse la huella de alguien que estuvo allí. Por eso la cámara no certifica una realidad objetiva, construye una posibilidad de lectura. La imagen opera como un fragmento que no cierra el sentido, sino que lo abre, no explica la ciudad por completo, sino que entrega piezas de un relato mayor que el espectador debe reconstruir desde su propia experiencia. No impone una lectura única, sino que activa una relación entre imagen, memoria e imaginación capaz de volver extraño lo reconocible, inquietante lo cotidiano y poético lo aparentemente insignificante.

Abyssurbs es una invitación incómoda: reconocer en la imagen del otro que cruza la calle sin mirarnos, un fragmento de nuestra propia condición. No hay denuncia moralizante en esta mirada, sino una constatación serena y perturbadora: la ciudad que habitamos es a un tiempo el mayor logro colectivo de la especie humana y su abismo más íntimo. Entre ambos extremos permanece suspendida la mirada de Daniel Agra, sosteniendo con la insistencia de quien no puede dejar de mirar, esa distancia exacta que nos separa de nosotros mismos.